

CRÓNICA  
DEL  
FORASTERO

JORGE TEILLIER

Título Original: Crónica del forastero

Autor: Jorge Teillier (1935-1996)

Primera Edición: Imprenta Arancibia Hnos. Santiago de Chile, 1968

EDITORIAL LA VIEJA SAPA CARTONERA, 2012

Contacto:

laviejasapacartera@gmail.com

*Cualquier copia, reproducción o falsificación está plenamente permitida, incluso, promovida por esta editorial. Es más, luego de ser leído, es recomendable doblar muy cuidadosamente este libro y hacer de él un avión de papel. Quizá dándole alas pueda volar hasta donde no hemos llegado aún.*

La propiedad es un robo.

## Índice

---

Prólogo	4
Sobre el mundo donde verdaderamente habito...	11
Crónica del forastero	26

## Un canto desde lo cotidiano

*Somos los que viven  
al otro lado del río o de la vía férrea...*

*(Crónica del forastero, Jorge Teillier)*

Bajarse del tren en la Estación Central para chocar directamente con la urbe, con todo el olor de esos bosques apocalípticos y genésicos, apolíneos y dionisiacos que solo saben dibujar los vientos del sur de Chile, en los bolsillos. Llegar a la Alameda con olor a vino en las muelas y el terno viejo lleno de manchas púrpuras. Caminar por los Centros comerciales con todo ese murmullo desolado que se dejan sentir en las cantinas del Valle Central chileno, esa tierra prodigiosa que tantos y tantas poetas nos han regalado. Toda esa dialéctica se configura de manera magistral en este poemario, obra híbrida de Teillier, donde el choque con la urbe se hace más palpable. *Poemario de tránsito*, su título ya lo dice: es la Crónica de aquel Forastero que deja físicamente la aldea, el Lar, para instalarse en los ruidos de la metrópoli, que se asienta de una manera particular, no de cualquier manera, este habitante viene a instalarse en las orillas de la vorágine citadina, sujeto poético que narra desde las cloacas y observa sin ese afán romántico de eternidad y

trascendencia la alienación de la que es testigo y actor, sujeto que a la vez se defiende construyendo un espacio propio en la memoria, asumiendo de antemano que esa memoria no le traerá de vuelta aquel *paraíso perdido*. Es importante tener claro esta apuesta, fundamental para entender la obra de Jorge Teillier al interior de la galaxia poética nacional.

Si bien este poemario es del año 1968, no se aleja de manera capital de toda la obra anterior de Teillier, se entronca –con diversos matices– en la poética que se hizo conocida ya en los años finales de la década del 50 con sus primeros libros, esa *poesía lárlica* de la cual fue uno de sus mejores cultores. Esta poética es heredera, pero no la copia servil, de la marca que deja la poesía *parriana* en nuestro país; es, junto a Gonzalo Rojas y Enrique Lihn, una de las tres variantes más fértiles y originales que se hacen cargo de la desacralización de las vanguardias poéticas de los años 20'. Recoge, al igual que las otras dos, esa necesidad de religar el arte con la vida, esa necesidad de comunicación con el resto de los mortales y no el hermetismo del lenguaje vanguardista, ese sujeto en crisis y lleno de un escepticismo que no lo inmoviliza, pero que sí muchas veces sublima recurriendo a la ironía desesperada y al refugio en universos propios. La poesía de Jorge Teillier se enmarca en este contexto post-Parra pero de manera original.

Es una poesía que también recoge un lenguaje cotidiano pero que no se contenta solo con reírse de la tragedia cotidiana, no es solo ironía y un humor negro del cual Parra es un exponente notable, es una poesía que busca construir un espacio propio en la memoria, una poesía de muchachos que dejaron el mítico sur de Chile para sufrir los embates de la gran ciudad; son conscientes de ello pero buscan en la poesía esa posibilidad mágica de armar una balsa en medio del diluvio, un sentido dentro de lo absurdo, anclarse a un espacio propio en medio del turbulento tsunami que es la urbe. En palabras de Nomez es un “repliegue afectivo frente a un mundo adverso, repliegue que se resuelve en el refugio de un mundo aldeano integrado a la naturaleza que es solo una imagen desplegada en la memoria (...) Aquel paraíso perdido que ni siquiera la memoria es capaz de retener porque se convierte en pura imagen soñada.” (13) Vemos entonces un poemario que asume esa tensión y la narra desde una cotidianeidad que envuelve todos los objetos, todas las imágenes y todos los olores, una poética que no cae en el descriptivismo rural que se queda en la mera observación, Teillier penetra en los objetos desde su posibilidad mágica, esa posibilidad que lo consagra como víctimas de ser poesía y lo consigue: todo es poesía en Teillier, en este caso su viaje mítico, espacial y mental es cantado desde esa trinchera, la trinchera de una poesía que debe servir también para respirar.

Esta es la particularidad que pondrá el nombre de Teillier como referente inmediato de las próximas generaciones. Es simbólico ver cómo la poesía posterior, *generación del 60'* y varios espacios universitarios mediante revistas (Arúspide, Trilce, etc.), tendrá como icono la poesía de este poeta solitario, que narraba sus historias de cantina en cantina y nunca esperó nada. No fue un *poeta funcionario*, para tomar sus propias palabras, y vivió la poesía desde el día a día, desde la belleza y la oscuridad que tiene en sí mismo el pasar de los días. Un poeta que vio en la poesía la necesidad de respirar, de caminar con los suyos y brindar por lo que nadie brinda; un poeta que dejó su marca en toda la poesía posterior desde los gestos y gritos cotidianos.

«*Un canto desde lo cotidiano*». Así, con palabras sencillas, puede ser descrita esta obra del autodenominado “guardián del mito”, el verdadero “poeta de los lares”: Jorge Teillier. Un canto de amor repleto de imágenes nostálgicas de la memoria, el diálogo constante con un pasado mítico, idílico, que se intenta recuperar mediante la interiorización personal y el desborde sin límites de la imaginación poética. El recuerdo, la reminiscencia de espacios perdidos de la infancia, se configura, entonces, como uno de los motores fundamentales de este poemario y de gran parte de la obra teilliereana. En este poemario, en particular, el lector asiste a una mitificación del tiempo y del espacio cotidianos: una época, una juventud dorada

que se pretende actualizar mediante el recuerdo, la trascendencia de lo cotidiano en la búsqueda de un ideal, una persecución irrefrenable, utópica, de una sociedad con memoria, la restitución de valores ya perdidos, y una caracterización individual de un Chile marginal.

No soñamos con ser médicos ni abogados,  
ni/ empleados de banco. Para otros está/ el  
pasear como tenientes con las buenas  
muchachas/ del pueblo (sin embargo, cuánto  
daríamos para que/ apareciera una mujer en  
el frío lecho de estudiante)./ Leemos a  
hurtadillas bajo el pupitre, o bajo las sucias/  
ampolletas de las pensiones a Dostoievski,  
Hesse,/ Knut Hamsun... (Teillier, XIV)

Aquella nostalgia, aquel recuerdo inmediato de un momento particularizado de la existencia, aquella convicción idealista, aquellos sueños de antaño, aquel vivir apasionado con y por la literatura: todo confluye en la (re)creación de un vivir mundano que en la contemplación de imágenes espectrales trasciende lo cotidiano en pos de la constitución mítica de un tiempo añorado.

En términos espaciales, la construcción poética del sur de Chile compone una escenografía mítica, dominada por lugares nostálgicos y por un profundo desarrollo de la contemplación rural. La vida provinciana como un “recuerdo inventado”, una ambigüedad entre lo real-mundano y lo trascendente-mítico, siempre en convivencia con el



constante diálogo con los muertos, sombras espectrales de la memoria. Todos estos elementos confluyen en una mitificación cronotópica en *Crónica del forastero*, donde tiempo y espacio trascienden su aparente “cotidianeidad” alcanzando una dimensión mítica, sobrenatural, exótica y legendaria: “Los muertos quieren dirigirse a ti/ con los fríos peces de sus palabras./ Las alas de los tué-tué golpean ventanas./ Hay que ofrecerles pan y queso:/ ellos volverán a pedirlo/ transformados en hombre. (Teillier, IX).

Un poemario que gira entorno a uno de los tópicos más utilizados dentro de la historia de la literatura, pero que se actualiza de un modo a lo menos novedoso, configura un libro circular dominado por un constante deseo de retorno. El viaje como un *tránsito*, un eterno andar no sólo por los espacios físicos del territorio, sino también por los caminos más profundos de la memoria. Es en este viaje, en este eterno recorrido, donde afloran los recuerdos más íntimos del sujeto textual, el cual construye su propia identidad mediante un deseo imperante por volver al lugar de origen: “Ninguna ciudad es más grande que mis sueños./ Volveré al inviernos del sur...” (XI). Es en este tránsito –que va de la ruralidad del sur a la urbanidad de la capital– donde se genera el acto mágico y renovador de la socialización, el encuentro y el contacto personal con diversos “personajes cotidianos”, todos ellos seres marginales, pintorescos y vulgares: el pobre organillero, un militar jubilado, un campesino,

el ciego de la guitarra, etc. La resolución aparente de este ansiado retorno conlleva un componente desolador, trágico: el influjo de la modernidad y la tecnologización de los pueblos. “Ahora,/ bosques quemados./ Tierra/ que muestran su desnuda y roja osamenta./ Faltan madera y trigo/ Sobran radios portátiles/ y hoy día tenemos televisión.” (XXII). A pesar de esto, un rayo esperanzador que da cuenta de la resistencia y el mantenimiento de la ruralidad ilumina el territorio de los pueblos: “Sin embargo,/ la tierra permanece.” (XXII).

Señala Roberto Arlt: “Comienzo por declarar que creo que para vagabundear se necesitan excepcionales condiciones de soñador”. Condiciones que en el “soñador” Jorge Teillier saltan a la vista.

En suma, esta obra refleja el objetivo estético-artístico de la poesía de Jorge Teillier, una poesía que como él mismo señala busca “superar la avería de lo cotidiano” desde lo cotidiano mismo, en la persecución eterna del fin poético central: “transformar la poesía en experiencia vital”.

*LA VIEJA SAPA CARTONERA*

Octubre, 2012

## **Sobre el mundo donde verdaderamente habito o la experiencia poética**

### **I**

He oído decir alguna vez que poesía es lo que hace el poeta. La tarea es partir desde ese lugar y tratar de establecer qué es poesía para quien ejerce ese "monótono oficio o arte".

En un principio poesía eran para mí los extraños trozos de pareja tipografía medida y rimada que aparecían en los libros de lectura, esos versos que hay que aprender de memoria (y no de corazón como se dice en francés); de donde surgen el caballo blanco que nos va a llevar de aquí, las loas a los padres de la patria, los versos a la madre que el mejor alumno declama en el proscenio.

Para empezar entonces, la poesía es lo distinto al lenguaje convencional, por una parte, y por otra, "lo bello", lo idealizado como las cuatro estaciones en los cuadros donde se aprende idioma. Dos son las poesías escolares que aún recuerdo: una me atrajo por la anécdota: "La canción del pirata" de Espronceda ("La luna en el mar riel / y en la lona gime el viento), y la otra de García Lorca: "Naranjita de oro/ de oro y de sol", donde las palabras me sonaban como un encantamiento análogo al de las rondas entonadas por las vecinas al atardecer.

No recuerdo haber intentado escribir poema alguno hasta los doce años de edad. La poesía me parecía algo perteneciente a otro mundo y prefería leer en prosa. Leía como si me hubiesen dado cuerda, así como relata Pasternak que veía leer a los moscovitas en los trenes de 1941 ajenos al cañoneo alemán venido de unos pocos kilómetros. Leía de todo, desde cuentos de hadas y *El Peneca* hasta Julio Verne, Knut Hamsun y Pannait Istrati por quien aún vuelan los cardos en el Baragán.

Desde los doce años escribía prosa y poemas, pero en Victoria, ciudad donde aún suelo vivir, fue donde escribí mi primer poema verdadero, a eso de los dieciséis años, o sea, el primero que vi, con incomparable sorpresa, como escrito por otro.

Sobre el pupitre del liceo nacieron buena parte de los poemas que iban a integrar mi primer libro *Para ángeles y gorriones*, aparecido en 1956. Mi mundo poético era el mismo donde también ahora suelo habitar, y que tal vez un día deba destruir para que se conserve: aquel atravesado por la locomotora 245, por las nubes que en noviembre hacen llover en pleno verano y son las sombras de los muertos que nos visitan, según decía una vieja tía; aquel poblado por espejos que no reflejan nuestra imagen sino la del desconocido que fuimos y viene desde otra época hasta nuestro encuentro, aquel donde tocan las campanas de la parroquia y donde aún se narran historias sobre la fundación del pueblo. Y también

aparecían los poetas; el primero de todos Paul Verlaine, cuyos versos rimaban con las campanas y los pájaros y cuya poesía fue la primera que aprendí a ver viva sin necesitar otra cosa que el sonido, y luego Rubén Darío, López Velarde y Luis Carlos López, provincianos cursis y universales, y también los chilenos: Vicente Huidobro, cuya antología leía en la Pascua de 1949, y Omar Cáceres que me fue descubierto por Miguel Serrano en su *Ni por mar ni por tierra* ("La brújula del alma señala el sur"), y Pezoa Véliz y Alberto Rojas Giménez y Romeo Murga que hablaba por nosotros a las muchachas con las que no podíamos hablar. Sin embargo, aclaro que nunca hubo para mí distinción entre poetas chilenos y poetas extranjeros. Se es o no es poeta, y allí no caben nacionalidades. Más aún, creo que es un signo de madurez no preguntarse ya "qué es lo chileno". Las personas adultas no se preguntan quién son, sino cómo van a actuar. También las colectividades adultas, me parece.

Nuestra poesía siempre ha tendido a la universalidad, que fundamentalmente se obtiene por el lenguaje imperecedero de la imagen. "La muerte que está ante mí como el chubasco que se aleja" del arpista del Antiguo Egipto es también, "la muerte es grande y somos los suyos" de Rilke, y la misma nieve recuerda a las damas de antaño de Villon y es como la soledad en Rilke, y el tiempo es un río en Heráclito y Jorge Manrique.

Pero vuelvo a 1953... cuando como todo provinciano debí hacer el viaje bautismal de hollín de trenes de entonces a Santiago, atravesando la noche como en un vientre materno hasta asomarse a la lívida madrugada de boca amarga de la Estación Central. Por esos años el héroe poético de mi generación era Pablo Neruda, que perseguido por el Traidor se dejaba crecer barba y atravesaba a caballo la Cordillera y desde México lamentaba que los jóvenes leyeron *Residencia en la tierra* y llamaba a cantar con palabras sencillas al hombre sencillo y en nombre del realismo socialista convocaba a los poetas a construir el socialismo. Hijo de comunista, descendiente de agricultores medianos o pobres y de artesanos, yo sentimentalmente sabía que la poesía debía ser un instrumento de lucha y liberación y mis primeros amigos poetas fueron los que en ese entonces seguían el ejemplo de Neruda y luchaban por la Paz y escribían poesía social.

Pero yo era incapaz de escribirla, y eso me creaba un sentimiento de culpa que aún ahora suele perseguirse. Fácilmente podía ser entonces tratado de poeta decadente, pero a mí me parece que la poesía no puede estar subordinada a ideología alguna, aun cuando el poeta como hombre y ciudadano (no quiero decir ciudadano elector, por supuesto) tiene derecho a elegir la lucha a la torre de marfil o de madera o cemento. Ninguna poesía ha calmado el hambre o remediado una injusticia social, pero su belleza puede ayudar a sobrevivir contra todas las miserias. Yo escribía lo que me

dictaba mi verdadero yo, el que trato de alcanzar en esta lucha entre mí mismo y mi poesía, reflejada también en mi vida. Porque no importa ser buen o mal poeta, escribir buenos malos versos, sino transformarse en poeta, superar la avería de lo cotidiano, luchar contra el universo que se deshace, no aceptar los valores que no sean poéticos, seguir escuchando el ruiseñor de Keats, que da alegría para siempre. De qué le vale escribir versos a tanto personaje resentido y sin puerta de escape que vemos deambular por el mundo literario.

## II

A su debido tiempo, me parece que todo poeta en esta sociedad se suele considerar un sobreviviente de una perdida edad, un ente arcaico. La poesía es una enferma grave, a la que se le toleran algunos caprichos en espera de su futura muerte, y también la Cenicienta (para editores) de los géneros literarios aun cuando la novela sea "la poesía de los tontos" según dice mi amigo el poeta Molina Ventura.

La burguesía ha tratado de matar a la poesía, para luego coleccionarla como objeto de lujo. Me parece un signo de estos tiempos ver cómo medio mundo reúne cosas que nunca se usarán: volantines que jamás se enredarán en un árbol, botellas que nunca recibirán vino, redes de pescadores que no sirven para atrapar un pez, llaves mohosas para ninguna puerta, "posters" con efigies de muertos que de

algún modo se contribuyó a matar. El poeta es un ser marginal, pero de esta marginalidad y de este desplazamiento puede nacer su fuerza: la de transformar la poesía en experiencia vital, y acceder a otro mundo, más allá del mundo asqueante donde se vive. El poeta tiende a alcanzar su antigua "conexión con el dínamo de las estrellas", en su inconsciente está su recuerdo de la "edad de oro" a la cual acude con la inocencia de la poesía. Si soy extraño en este mundo no soy extraño en mi propio mundo, reflexiona el creador, y a la larga, en poesía, "lo que no es práctico resulta ser lo práctico" como escribía Gunnar Ekelof. Pienso en dos poetas chilenos ya fallecidos que pagaron con su vida su calidad de poetas: Teófilo Cid y Carlos de Rokha, ambos "amateurs de la lepra", en nuestro medio. Sí, la poesía considerada como la lepra en este mundo en donde está muriendo la imaginación, en donde la inspiración está relegada al desván de los muebles viejos. Astronautas antisépticos y en esterilizados vehículos llegarán a la luna a plantar sus pequeñas banderas, y a transmitir mensajes sin sentido, serán artistas de circo en la "caja de los idiotas" de la TV. Al contrario, pienso en los verdaderos conquistadores como Cristóbal Colón que parte sin mapas junto con un equipo de locos y presidiarios hasta que aparece el Nuevo Mundo que surge gracias a su visión; en Ponce de León muriendo en pos de la Fuente de la Juventud; Gonzalo Pizarro yendo hacia El Dorado; el Padre Meléndez en estrechas chalupas bogando por los canales hacia la Ciudad de los Césares. Qué puede ver el ciudadano



del siglo XX en la Luna sino un pequeño satélite cuya probable utilidad será la de depósitos de perfeccionados proyectiles nucleares, allí donde las jóvenes irlandesas veían al rostro de su futuro amado, los puritanos de Boston a un duende maléfico, los nativos de Samoa una anciana hilando nubes, los niños de hace treinta años a la Sagrada Familia rumbo a Egipto. El poeta es el guardián del mito y de la imagen hasta que lleguen tiempos mejores.

### III

Creo que todos mis libros forman un solo libro, publicado en forma fragmentaria, a excepción de *Crónica del Forastero*. Me parece que difícilmente uno tiene más de un poema que escribir en su vida. Hay varias tendencias en mis libros que van de *Para ángeles y gorriones* (1956) hasta *Poemas del País de Nunca Jamás* (1963); una descriptiva del paisaje visto como un signo que esconde otra realidad (como en los poemas "El Aromo" o "Molino de Madera"), otra como la historia de un personaje contada con un marco de referencia que es siempre la aldea (así en "Historia de Hijos Pródigos"), otra como el afrontar el problema del paso del tiempo, de la muerte que subyace en nosotros revelada como el fuego revela la tinta invisible por medio de la palabra (los poemas "Domingo a domingo" u "Otoño secreto"). En este sentido quiero hacer destacar que para mí la

poesía es la lucha contra nuestro enemigo el tiempo, y un intento de integrarse a la muerte, de la cual tuve conciencia desde muy niño, a cuyo reino pertenezco desde muy niño, cuando sentía sus pasos subiendo la escalera que me llevaba a la torre de la casa donde me encerraba a leer. Sé que la mayoría de las personas que conozco y conocemos están muertas, que creo que la muerte no existe o existe sólo para los demás. Por eso en mis poemas está presente la infancia, porque –para mí– el tiempo más cercano a la muerte y en donde verdaderamente se entiende lo que significa. Por otra parte, yo no canto a una infancia boba, en donde está ausente el mal, a una infancia idealizada; yo sé muy bien que la infancia es in estado que debemos alcanzar, una recreación de los sentidos para recibir limpiamente la "admiración ante las maravillas del mundo". Nostalgia sí, pero del futuro, de lo que no nos ha pasado, pero que debiera pasarnos.

Siguiendo con mis libros, *Los trenes de la noche* es un solo poema escrito también de un solo golpe, en un viaje de Santiago a Lautaro, mirando por la ventanilla del tren nocturno, escribiendo unos versos en un cuaderno de croquis tras salir a respirar a la pisadera del carro, tras bajarme rápidamente en las estaciones de donde parten los ramales, a tomar un vaso de vino. El paso del tren representa el tiempo que las locomotoras van dividiendo en forma implacable en el pueblo natal que atraviesan por la mitad. Alguna vez correrá un último tren, pensaba yo, cuál será ese último tren, así como tantas veces

pienso quién pronunciará por última vez mi nombre, quién leerá por última vez un poema mío.

*Crónica del Forastero* es un libro con menos revelación, menos visión lírica, un intento fallido tal vez de cambiar mi expresión habitual por el relato, a costa unas veces del relato, otras de la tensión lírica. Pero uno muchas veces no es responsable de lo que hace. Mi intento era el de revivir a través de un personaje lírico la historia o mejor dicho la intrahistoria de la Frontera, nuestro *Far West*, donde nace en el Siglo XVI la poesía chilena con Pedro de Oña y Ercilla; esa zona tan singular nacida de la fusión de tres razas; revivir a los (y mis) antepasados, proyectar una historia mítica en un presente que debe cambiarse. Yo debía transformarme en una especie de médium para que a través de mí llegara una historia, y una voz de la tierra que es la mía, y que se opone a la de esta civilización cuyo sentido rechazo y cuyo símbolo es la ciudad en donde vivo desterrado, sólo para ganarme la vida, sin integrarme a ella, en el repudio hacia ella. Es posible que esta "Crónica" sea un primer intento que alguna vez retomaré, un primer paso hacia un poema épico para el cual todavía no estoy preparado. Mi trabajo actual está orientado en otro sentido, que no creo del caso hablar ahora, para utilizar figuras manidas, la primavera trabaja mudamente las raíces del trigo que va a aparecer. Tal vez sí apunte a una contradicción de mí mismo, una contradicción dolorosa, porque yo no soy poeta de la aventura, sino del orden, aun cuando admire a

los innovadores auténticos, por supuesto. Pero sí, quiero establecer que para mí lo importante en poesía no es el lado puramente estético, sino la poesía como creación del mito, y de un espacio y tiempo que trasciendan lo cotidiano, utilizando muchas veces lo cotidiano. La poesía es para mí una manera de ser y actuar, aun cuando tampoco puedo desarticularla del fenómeno que le es propio: el utilizar para su fin el lenguaje justo para este objeto. Mi instrumento contra el mundo es otra visión del mundo, que debo expresar a través de la palabra justa, tan difícil de hallar. Porque el poema no debe (como dice Archibald McLeish) "significar sino ser". Tal vez lo que importa no es dar en el blanco, sino lanzar la flecha. Y de nada vale escribir poemas si somos personajes antipoéticos, si la poesía no sirve para comenzar a transformarnos nosotros mismos, si vivimos sometidos a los valores convencionales. Ante el "no universal" del oscuro resentido, el poeta responde con su afirmación universal.

#### IV

Nunca he pensado escribir una poesía original, ni me tengo por un ser sin antepasados poéticos. Cada poeta tiene una línea que va siguiendo. Es la mía la de Francis Jammes, Milocz en alguna de sus etapas, René Guy Cadou —un poeta con cuya visión del mundo creo tener afinidad—, Antonio Machado, para citar a los poetas principales, y en las lenguas

que puedo leer en versiones originales, lo que me parece fundamental. En prosa, la línea de Robert Louis Stevenson, Alain Fournier, Selma Lagerlof, cierto Knut Hamsun, Edgar Allan Poe (*Arturo Gordon Pym*). En Chile, alguna vez me adscribí a un cierto sentido de la poesía que yo mismo llamé "láríca" (ver *Boletín de la Universidad de Chile*, número 56, 1965, mi trabajo "Los poetas de los lares"), y en donde están, entre otros, Efraín Barquero y Rolando Cárdenas, para citar sólo a mis coetáneos. A través de la poesía de los lares yo sostenía una postulación por un "tiempo de arraigo", en contraposición a la moda imperante e impuesta por ese tiempo, por un grupo ya superado, el de la llamada Generación del 50, compuesto por algunos escritores más o menos talentosos, por lo menos en el sentido de la ubicación burocrática, el conseguir privilegios políticos, el iniciar empresas comerciales, representantes de una pequeña burguesía o burguesía venida a menos. Ellos postulaban el éxodo y el cosmopolitismo llevados por su desarraigo, su falta de sentido histórico, su egoísmo pequeño burgués. De allí ha nacido una literatura que tuvo su momento de auge por la propaganda y autopropaganda, pero que por frívola y falta de contacto con la tierra, por pertenecer al oscuro mundo de la desesperanza ha caducado en pocos años. La pretendida crisis de la novela chilena no es, tal vez, sino crisis de la inautenticidad, de renuncia a las raíces, incluso a las de nuestra tradición literaria, por pobre que sea. En cambio, la mayor parte de nuestros poetas se mantienen fieles a

la tierra, o vuelven a ella, como es el caso desde Neruda y Pablo de Rokha a Teófilo Cid y Braulio Arenas, ex surrealistas; o como en los más destacados poetas de la última generación, la poesía es expresión de una auténtica lucha por esclarecerse a sí misma, o por poner en claro la vida que la rodea. Pero mejor que yo lo dice Rilke: "Para nuestros abuelos una torre familiar, una morada, una fuente, hasta su propia vestimenta, su manto, eran aún infinitamente más familiares; cada cosa era un arca en la cual hallaban lo humano y agregaban su ahorro de humano. He aquí que hacia nosotros se precipitan llegadas de EE.UU cosas vacías, indiferentes, apariencias de cosas, trampas de vida... Una morada en la acepción americana, una manzana americana, o una viña americana nada tienen de común con la morada, el fruto, el racimo en los cuales había penetrado la esperanza y la meditación de nuestros abuelos... Las cosas dotadas de vida, las cosas vividas, las cosas admitidas en nuestra confianza, están en su declinación y ya no pueden ser reemplazadas. Somos tal vez los últimos que conocieron tales cosas. Sobre nosotros descansa la responsabilidad de conservar no solamente su recuerdo (lo que sería poco y de no fiar), sino su valor humano y lárlico". Hasta aquí Rilke (1929). Y no se debe añadir nada más. Dentro del mismo Estados Unidos los movimientos de los beatniks y los hippies recuperan también este mundo del "lar".

## V

Lo he dicho entre líneas, pero ahora quiero hacerlo explícito: el personaje que escribe no soy necesariamente yo mismo, en un punto estoy como un ser consciente, en otro la creación que nace del choque mío contra mi doble, ese personaje que es quien yo quisiera ser tal vez. Por eso el poeta es quizás uno de los menos indicados para decir cómo crea. Cuando el poeta quiere encontrar algo se echa a dormir, me parece que lo dice León Felipe. Habitualmente el poema nace en mí como un vago ruido que debe organizarse alrededor de la palabra o la frase clave o una imagen visual que ese mismo ruido o ritmo mejor dicho, concita. No puedo concebir luego el poema en la memoria, sino que debo escribir la palabra o frase clave en un papel, y ver cómo se van organizando alrededor de ella las demás. Nunca corrijo, sino que escribo varias versiones, para elegir una, en la cual trabajo. A veces queda limpia de toda intervención posterior, otras veces empiezo a podar y corregir en exceso, quitando espontaneidad. Creo que algo de eso me ocurrió en la *Crónica del Forastero*. Pero en realidad, nunca sé en verdad lo que voy a decir hasta que no lo he dicho.

## VI

Releo este trabajo, como de costumbre me siento disconforme de él, pero hemos llegado a un fin y eso no carece de importancia.

Me molesta el tono impostado y dogmático que he solido adoptar, así como el de querer decir verdades últimas. De veras, muchas veces no sé si soy poeta o no, no sé si sobrevivirá de lo que he escrito por lo menos "algunas palabras verdaderas" como pedía Antonio Machado. Pero "nuestra duda es nuestra pasión y nuestra pasión es nuestra tarea". No soy humilde, al estilo de los que dicen, como decía la violeta, "a humilde a mí no me la gana nadie", pero tampoco seguro de si lo que escribo vale ante los demás y ante mí mismo. Tal vez alguna vez ya no escriba más poesía, tal vez siga en esta tarea que nadie sino yo mismo me he impuesto, no para vender nada, sino para salvar mi alma, en el sentido figurado y literal.

Bien, si difícilmente he podido comunicar algo pido disculpas afirmando como lo hace Humpty Dumpty en *Alicia a través del espejo* que las palabras no significan sino lo que nosotros queremos que signifiquen. De todos modos, para terminar diré que "el vino y la poesía con su oscuro silencio" dan respuesta a cuanta pregunta se le formule y que si mi amigo el poeta Nicanor Parra escribe "Total cero" en un "artefacto" de epitafio a Pablo de Rokha yo



prefiero decir con Paul Eluard que "toda caricia, toda confianza sobrevivirá", y con René Char: "A cada derrumbe de las pruebas el poeta responde con una salva por el porvenir".

En *Trilce*, Valdivia, N°14, 1968-1969, pp. 13-17. También publicado en *Aisthesis*, Santiago, N° 5, 1970, pp. 279-284; en *Antología de la poesía chilena contemporánea*, Alfonso Calderón (comp.), Universitaria, 1971, pp. 351-359 y en *Muertes y Maravillas*, Universitaria, 197

# CRÓNICA DEL FORASTERO

*En memoria de Jaime Lazo.  
Y a Enrique Bello, Rolando Cárdenas,  
Floridor Pérez, Jaime Quezada,  
Francisco Galano y Juan Guzmán Paredes.*

-¿Es usted forastero?  
Podemos conocernos.

*George Schehade*

# I

*En el fondo de toda lejanía se alza tu casa  
Hermann Broch*

“No hay que silbar en la oscuridad”.  
Sí,  
no debo llamar al perro ya desaparecido.  
Debo regresar solo.

La casa se abre  
y es una fosa donde dormir  
amparado por las hojas,  
un manantial interminable  
para el desierto mediodía.  
Mi rostro quiere recuperar la luz que lo iluminaba  
en el verano traído por la corriente del río.

Frente al molino  
descargan los sacos de una carrera triguera  
con los gestos de hace cien años.  
Los gestos son los mismos  
aunque la tierra se llene de cohetes  
que llevan hacia otros mundos.

En el patio invadido de colas de zorro  
un caballo se acerca a oler  
la trilladora mohosa.

Frente al umbral  
recibo la volcada copa de vino añejo  
del sol de un nuevo día.

Los gallos me despiertan  
y sus cantos  
prometen ayudarme a alzar la casa.

## II

Veo pasar un rostro desconocido  
en el canal que corre frente a la casa.  
Ese rostro  
será mi rostro un día.

Surge un primo muerto, jinete de un tordillo.  
Ahora desaparece en la polvareda de los eternos  
eneros.  
El abuelo se mira en el canal.  
El abuelo grita que cierren la puerta  
y en la galería bebe su blanco vaso de aguardiente.

### III

Los yuyos derrochan su oro al viento.  
Estoy buscando caracoles para ponerlos al sol:  
“Caracol, caracol...”  
El primer barco es detenido por un guijarro.  
(Quién va a reparar nunca esa pena).

*Te hablo a ti, que has muerto.  
Tú has muerto, tu perro ha muerto ahogado.  
Pero si cierras los ojos vendrá a encontrarte a  
orillas del río.  
No temas: te hallarás con el niño que vivía a  
orillas del río.*

Vives frente al molino.  
La mañana está llena de carretas cargadas de trigo  
hasta el cielo.  
El polvillo de la molienda inunda el patio.  
Los mapuche pacientes esperan vender se escaso  
trigo.  
Te asomas a la bodega a ver dormir los sacos.  
Cavas la tierra en busca de tesoros guardados por  
los gnomos.  
Si comes toda la sopa te llevarán al circo.  
La primera vez que fuiste al cine te dio terror:  
soldados en paso de parada se precipitaban sobre ti.  
Te enseñan a saludar con el puño en alto.  
Es en 1938 y va a triunfar el Frente Popular.



Una vez te llevaron a la iglesia, pero sólo sentiste  
miedo ante las imágenes sangrantes.  
Una anciana te dio una lámpara.  
Durante años has buscado su luz,  
para que te saluden tus sombras de otro tiempo.

*Una lámpara humilde  
que revele las raíces,  
que haga crecer la oscuridad protectora  
contra la luz cruel y sin memoria.*

En los ojos de los bueyes  
ves hundirse en el río la calle donde creciste.

Te llevan al cementero  
a dejarle flores a la hermana.  
Había que arreglar la tumba familiar.  
Restos de pequeños huesos chocaban con la pala.  
Se sabe, sin embargo, que la vida es eterna.

Mañana de verano (harina y lomas amarillas). Subes  
a la carretera del panadero.  
Yo te veo  
doblar la esquina  
perderte  
una mañana de pájaros y leche.

## IV

El viento y el miedo golpean los muros.  
Se ha ido el relámpago del caballo del alba.  
Uvas marchitas sueñan con el vino  
donde podrían resucitar.

La muerte,  
esa manzana llevada por la bruja,  
ahora golpea los muros  
sin dejarnos dormir.  
La muerte será una hoguera  
junto a la cual nos agruparemos

Quizás alguna vez he muerto. Y era otro  
el que alejándose de la cocina huérfana  
donde los duendes echaban de menos a aquella de  
la que ocultaban ollas y sartenes,  
deletraba el nombre de la Agencia de enfrente  
mientras oía el chirrido de la soldadura del ataúd.

Llegaba hasta la calle el runruneo de los rezos. Los  
tíos salían a tomar una cerveza antes de  
seguir  
el cortejo.  
Es largo el camino al cementerio.  
Los visitantes miraron por última vez la cara de la  
muerta.

(“Un niño se murió y lo sembraron”, oí decir  
a una niña de cuatro años).

Yo sabía que alguna vez se lloraría por mí mismo.

Todos seguimos alguna vez nuestro cortejo  
y hemos resucitado tantas veces  
en el moscardón que ronda las casas.  
Todos hemos estado  
en el puñado de tierra  
que lanzamos por primera vez a ese ataúd.

## V

A GABRIEL BARRA

Un desconocido  
nace de nuestro sueño

Abre la puerta de roble  
por donde se entraba a la quinta de los primeros  
colonos,  
da cuerda a los relojes de la memoria.

Las ventanas destruidas  
recobran la visión del paisaje.  
Aparecen en los umbrales las marcas  
que señalaban el crecimiento de los niños.

Mientras dormimos junto al río  
se reúnen los que partiendo de Burdeos o Le Havre  
llegaron a la Frontera por caminos recién trazados  
mientras sus mujeres daban a luz en las carretas.

Se reúnen los que fueron contrabandistas de ganado,  
ladrones de tierra, dueños de hoteles o almacenes,  
bandoleros, pioneros de hachas y arados.

Los que mataron mapuche y aprendieron de los  
mapuche a beber sangre de corderos recién  
sacrificados,  
y fueron enterrados en lo alto de una colina,

mientras los deudos se reunían a tomar aguardiente  
en el Bajo.

Hablan de su resurrección  
los ríos cuyos primeros puentes construyeron,  
las herramientas aún guardadas en los galpones,  
y los que ahora son partículas de alerce  
creen escuchar las campanadas anunciando el primer  
incendio  
del pueblo levantado con tablas sin ladrar  
en medio del invierno del fin del mundo.

En los establos y prostíbulos  
se entrelazan parejas furtivas.  
Se celebran matrimonios en capillas rústicas.  
Los hermanos se matan por herencias.  
Los hijos volverán cantando canciones de trincheras.  
Las carretas cargadas con los sacos de las primeras  
cosechas llegan a las bodegas.

El sol quiere alcanzar el árbol de nuestra sangre,  
derribarlo y hacerlo cenizas,  
para que conozcamos a los visibles sólo para la  
memoria  
de quienes alguna vez resucitaremos en los granos  
de trigo o en las cenizas de los roces a fuego,  
cuando el sol no sea sino una antorcha fúnebre  
cuyas cenizas creeremos ver desde otras galaxias.

El silencio del sol nos despierta.  
¿De dónde viene ese chirriar de puertas invisibles?

Los visitantes miran la mesa vacía y tratan de  
decirnos que hace falta derramar la ofrenda  
de vino en las tumbas.

En el corazón de los alerces se apaga un tictaqueo  
repitiendo:

“No hay tiempo”, “no hay memoria”.

Griterío de choroyes  
en busca de trigales.  
A orillas del río  
buscamos huellas.  
Rápido parpadeo  
de un día de verano  
que despierta con nosotros.

## VI

Las campanadas escapan del pecho de reloj de  
péndulo.  
Huyen del pozo  
y resuenan en la memoria.  
La memoria,  
esa lechuza ciega huyendo a refugiarse en un árbol  
hueco.

## VII

A OCTAVIO SMITH, EN LA HABANA

La lluvia torna transparente el puente de cimbra.

En un desorden de campanadas  
las casas se dispersan a orillas del río.

Se ha echado a perder el tiempo.  
El trigo inclina su cabeza  
antes de ser torturado como todo salvador.  
Quizás haya mala cosecha

La lluvia cae en los umbrales donde nacimos.  
Pasa descalzo el anciano que vende verduras puerta  
por puerta.

El guardacruzas tiene frío.  
Toda estación es dura para los pobres.

La casa natal  
se empequeñece cuando nos acercamos a ella.

Pero alas vibrantes y campanadas  
nos hacen recuperar el espacio perdido.

Crucemos el puente de cimbra.



## VIII

La niebla del atardecer hace a todos personajes  
de los libros de cuentos leídos en la torre que se  
incendiará.

## IX

Atardecer vibrante de alas acogidas de regreso por  
el árbol.

Alas y campanas del Convento de San Francisco.

Por los poderes de la noche  
el pueblo se transforma en otro pueblo.

Tú también tienes poderes:  
transformas una piedra en un soldado,  
una rama en un caballo.

Pero la noche es demasiado grande  
y te da miedo ir a sacar agua al pozo.

Los muertos quieren dirigirse a ti  
con los fríos peces de sus palabras.  
Las alas de los tue –tué golpean las ventanas.  
Hay que ofrecerles pan y queso:  
ellos volverán a pedirlo  
transformado en hombres.

Hay que decir:  
“Martes hoy, martes mañana, martes toda la  
semana”.

Una estrella cae.  
Alguien morirá.

## X

*Vamos a pasear por los extraños pueblos*  
*Eliseo Diego*

La noche era un trozo de carbón a punto de arder.  
Nada más hermoso que ver al fogonero lanzar  
paladas.

El horno cambiaba el carbón por oro.

Te dejaron subir a la locomotora.

Hay que amar a la locomotora como a un gran  
animal

doméstico,

amar sus resoplidos, sus nubes de vapor,

la lluvia de hollín con que te bautiza en cada  
estación.

*Pero ya han pasado todos los trenes. Han pasado los trenes, la segura rotación de los juegos de las cuatro estaciones: el trompo, el volantín, las bolitas, elemboque. Todo eso es triste. Mientras escribo unos gatos maúllas tristemente. Y recuerdo el placer de poner mi nombre en los cuadernos el primer día de clases.*

Te asomas alarmado a la ventanilla del vagón.

Tu padre bajó al andén para hablar con un amigo,  
temes oír de un momento a otro el silbato de partida.

Empiezas a conocer los pueblos de la Frontera.

Tienen nombres que en la lengua de la Tierra  
quieren decir: “Guanaco echado”, “Río de brujos”,  
“Lugar de cenizas”.

Viste apolillarse los columpios de una plaza de  
juegos.

Un zapatero nos saludaba con la V de la victoria.  
Se hablaba de la pelea de Godoy con Joe Louis y de  
la batalla de Stalingrado.

Hubo un desfile celebrando la caída de Berlín  
la Bomba Atómica era el fin de todas las guerras.

En un pueblo alojabas en casa de una tía y leías el  
*Pacifico Magazine* con noticias de la Guerra  
del 14,  
en otro viste que al atardecer la gente iba llevando  
sillas para asistir a una función de cine,  
en otro escuchaste a los músicos de la Banda  
Municipal tocar *Titina* en un kiosco a punto  
de caer.

Días de descubrir las aldeas  
como más tarde el sabor de cada bebida,  
peligrosos como los cercos de alambre de púa en  
donde uno puedo enredarse al salir de caza.  
Aldeas que he recorrido  
por calles fangosas que llevan a las afueras.  
Allí hay gente que muere sin haber visto nunca  
el mar.

Hay muchachos jugando fútbol.

Se cantan rondas que ya no se escuchan en las  
ciudades:

*Yo me quería casar  
con un mocito barbero.  
Me sentaron en una silla  
y me cortaron el pelo...*

En el Hotel estuve esperando las campanadas  
que anuncian la llegada del tren.  
Pero los nuevos amigos hicieron llegar nuevas  
botellas  
Y allí estuvimos hasta el alba de los trenes de  
carga.

Una vez aguardando la llegada de un tren, bajo un  
aguacero,  
me hice amigo de un pobre organillero.  
El viento, el frío y la lluvia velaban con nuestra  
espera,  
antes que subiéramos al carro de tercera.

Sí, he vuelto a los pueblos tantas veces  
porque el tiempo me suele tener en su guarda.  
Y siempre llego por calles barrosas a las afueras  
donde los hijos de mis compañeros de curso  
juegan el mismo eterno partido de fútbol.

## XI

Ninguna ciudad es más grande que mis sueños.  
Volveré al invierno del sur  
cuando las raíces blanqueadas por la lluvia  
muestren la calavera del tiempo  
bajo el sorpresivo vuelo de carbón y nieve  
de queltehues que no se cansan de pedir agua.

Pasado el Puente del Malleco  
mi amigo me invita a comer de sus provisiones.

Hablamos con nuestros compañeros de banco:  
un militar jubilado y un campesino de manta de  
castilla.

Nos invitan a tomar pipeño.

Nos desafían a jugar brisca.

El tren se detiene.

Trazo un círculo en la ventanilla

borrando el aliento de la noche:

No hay estrellas.

Sólo un pobre nido de luces sobre una estación.

Alguien despierta y mira como si nunca hubiese  
viajado.

Atravieso el Bío-Bío y avanzan pueblos terrosos  
que no me doy el trabajo de mirar.

Entrego mi pasaje al conductor.

Los vagones forman un largo cortejo.

En la madrugada entumecida de Chillán tomamos  
café con aguardiente.  
El sol del alba nos levanta los párpados cerca de  
Rancagua (allí vimos una vez predicar al  
Cristo del Elqui).  
El mismo ciego de la infancia sigue tocando su  
guitarra.  
Se llega a la Estación Central perdido entre el  
gentío.  
La ramazón de fierro retiene el eco de nuestros  
pasos  
para mascullar oscuras canciones.  
Vagaré por las calles y sin querer me detendré frente  
a una bodega.  
Hay un libre olor a tierra tras la lluvia, vuelvo al  
patio donde saludo la nubecilla enviada por la  
última locomotora a vapor.

## XII

Estoy afirmado  
en el cerco rodeado de ortigas.  
Leo  
hasta que la tarde entrando a la casa del cerro  
cierra el pozo luminoso del patio.  
Camino entre la indecisa claridad.  
Los salmones vuelven a sus cobijos.  
Un coipo asoma su chata cabeza. Los matapiojos  
vuelan entre juncos. Las trilladoras  
trepidan hasta pasada la puesta del sol.

En el bosque oigo rechinar los eucaliptus, ese  
millar de puertas que se cierran. Voces lejanas  
llaman a los bueyes. El  
viento sopla los dedos friolentos de los pinos.  
Los mapuches vuelven a sus reducciones por la  
Calle  
del Medio.

En el cementerio, la hermana espera que la visiten.  
Los amigos de siempre  
encapuchados por la vaga neblina del crepúsculo  
juegan al tejo después del asado al palo.

Camino,  
camino  
hasta donde se alarga



la llama de una vela  
en la ventana de un pobre zapatero.  
Alguien ha regresado  
con un libro de Dickens bajo el brazo.  
¿Dónde están los demás? ¿Ya los héroes  
de “La Hispaniola” no agitan sus linternas sordas  
para indicar los derroteros de la Isla?

No me espera sino el miedo  
que golpea los muros.  
Una sombra hace estremecerse los trigales.  
Los árboles acogen a la sombra  
y dicen: “Moriremos,  
moriremos”. Pero no importa ser abandonado  
por los cansados ángeles de la guarda. Para el  
forastero, los villorrios  
donde aguardan el pan y el vino de los prostíbulos  
que transforman las ranas en princesas.  
Es el fin del paseo.  
Una vaga onda en la laguna  
donde el coipo esconde su cabeza.

## XIII

Salgamos corriendo fuera de la sala de clases.  
La nieve inesperada  
comienza a iluminar las calles.

## XIV

*Hé Dieu! Si j'eusse étudié  
au temps de ma jeunesse folle  
François Villon*

Somos los ociosos que en la tarde  
se reúnen en la plaza. Entraremos  
a ver las llovidas películas que llegan de provincia.  
Canta Jeanette Macdonald y responde Nelson Eddy.  
Reímos con Laurel y Hardy. Y de pronto *El Muelle  
de las Brumas y Grandes Ilusiones*  
En los barrios bajos, negras ollas sin fuego.  
Se habla del Centenario del Manifiesto Comunista.  
Hay campos de concentración y un Fantasma  
recorre  
    el mundo.  
Un zapatero nos presta libros y diarios perseguidos.  
Sabemos –más allá de las puertas que se empujan  
    o cierran cada día–  
más allá del parloteo alrededor de la sopa de cada  
día  
cuando en la mañana vemos la hierba encanecida y  
    quebramos la escarcha de la jofaina  
que se debe esperar,  
    esperar.  
(Teníamos años y años por delante  
y esperanzas y esperanzas como las calles  
interminables  
    y las estrellas sobre nuestras cabezas).

No soñamos con ser médicos ni abogados, ni  
empleados de banco. Para otros está  
el pasear como tenientes con las buenas muchachas  
del pueblo (sin embargo, cuánto daríamos para que  
apareciera una mujer en el frío lecho de estudiante).  
Leemos a hurtadillas bajo el pupitre, o bajo las  
sucias  
ampolletas de las pensiones a Dostoievski, Hesse,  
Knut Hamsun...

Somos los que viven  
al otro lado del río o de la vía férrea...

Tarde en la Ferie de Entretenciones. Un frío viento  
nos hace envolvernos en las bufandas. Miro  
a la muchacha del Tiro al Blanco que coquetea con  
los conscriptos. La rueda gigante  
nos invita a huir del cielo y de la tierra.

La lluvia dispersa a todo el mundo, sin dejarnos  
ganar  
ni una botella al juego de las argollas.  
Un millón de blancas palomas de maíz  
va a iluminar los sueños de los niños del barrio.

*Adiós muchachos.* A medianoche  
esa canción en la victrola a cuerda del prostíbulo.  
El dinero alcanza sólo para una cerveza (remolino  
de turbina amarga dentro de la piel fría del vaso).

Estrellas tiernas  
nacén entre los cerezos. Los caballos mojados  
de los carabineros  
dan topetones a los cercos. Una prostituta  
habla de su novio y de su casa junto a un lago. Otra  
discute su precio con un pastor evangélico. *Adiós  
muchachos.*

Esperábamos algo, sin duda,  
algo entre las puertas que abríamos y cerrábamos,  
cuando tras romper la escarcha de las jofainas  
el día nos saludaba con un muro a punto de caer,  
noticias de nuevas guerras;  
algo al no creer en la rutina de los mayores  
y escribir en los cercos por la paz, el pan, la libertad.  
Crecían bajo nosotros raíces de nuevos mundos.

Ahora,  
uno me escribe: *Vivo en un pueblo donde me llaman  
el loco y los niños me tiran piedras cuando paso por  
las calles.* Otros son oscuros oficinistas y yacen  
en una pieza de pensión con toda su familia. Otros  
explotan la Revolución que no quieren y viajan  
a su costa por el mundo. Otros sueñas con ser  
gerentes.

Otros duermes en vagones de carga y necesitan  
tratamientos antialcohólicos y psiquiatras. *Adiós  
muchachos...*

Y yo  
juego con los recuerdos  
a la gallina ciega.

Abramos las manos:  
las larvas son  
mariposas blancas  
volando sobre las tumbas  
sobre las cuales jugamos brisca.

Veo un amigo tratando  
de atrapar una trucha en el estero. Hemos  
hecho la cimarra para buscar digüeños.  
Y dejamos que el cielo  
libremente haga madurar nuestros rostros.

Nos reunimos en las afueras del Convento  
que estuvo cerrado por el crimen de un cura. Una  
muchacha  
se asoma entre los visillos de la ventana de enfrente.  
Una muchacha debiera sonreírnos.

*¿Quién soy yo? ¿Quién pensabas tú que yo sería?  
—Déjate de jugar a los recuerdos. Aquí estás  
después  
de años y años. De tantos días con olor a ropa  
mojada  
y tedio infinito en las salas del Liceo. De viajes  
de un pueblo a otro. De prostitutas que hablaban  
de novios y casas a orillas de un lago. De horas  
acodados en las vidrieras de los almacenes. Y si  
yo hubiera sido un buen alumno, no recordaría  
el olor a ilang-ilang —fantasma adolescente—,  
las lágrimas por nada en estaciones vacías,  
el cuerpo de mujer deseado en el cuarto de pensión,  
el vino y la lectura compartida con los artesanos.*

Vuelo blanco  
de una mariposa que muera  
entre habas nuevas.

## XV

*Ils m'ont demandé si j'avais le travail facile  
Ce ne sont pourtant pas des imbéciles,  
Et cepedant ce qu'ils m'ont demandé est bête,  
Comme on voit bien qu'ils n'ont jamais été  
poètes!*

*André Salmon*

Se empieza a saber  
que sólo sirven las lámparas  
que congregan a las sombras.

El invierno de la realidad oculta una Bella  
Durmiente  
y ella despertará con las palabras  
de los poetas de hace uno o dos mil años.  
Las palabras del pobre estudiante Villon, condenado  
a muerte tras gastar sus monedas en putas y  
vino en la ciudad rodeada de lobos y de  
nieve.  
Las de Rimbaud apareciendo en medio de una  
eternidad de cálidas lágrimas,  
los puentes levadizos se alzan ante sus plantillas de  
viento,  
lo veo rapado como un presidiario en Abisinia,  
dejando entrar Genios y rosales por las ventanas  
de Bruselas,  
Francis Jammes habla con los asnos rumbo al  
Paraíso,



Edgar Poe delira por las calles puritanas de  
Baltimore  
y Esenin escribe con sangre su último verso.  
Milocz entrega sus palabras venidas como gorriones  
de otro cielo  
y habla de madrugadas que sorprenden en un  
amargo  
y frío arrabal con el Hiperión en las manos.

Y tú empiezas a sentarte delante de páginas en  
blanco  
condenado a perseguir palabras  
más difíciles de atrapar que moscardones entrando  
en  
diciembre a la sala de clases.  
Hay que escribir “aferrándose a ello como el  
maníaco  
a la droga”,  
sin pretender siquiera “el inútil premio de la  
eternidad”  
ese premio que un poeta vio esperando a Li Tai Po,  
siglos y siglos hasta con las pestañas  
escarchadas.

Recuerda que tu casa puede desvanecerse como el  
oleaje rojizo de los ciruelos

Pero escribe como el poeta que a los ochenta ños  
envió su mensaje al mundo diciendo “que el mundo  
se vaya al diablo”

o como el poeta de la aldea  
que nos leía sus versos guardados años y años en un  
armario  
y en la mañana de otoño se olvidó de ellos  
cuando vinieron a avisarnos que había una carrera  
de caballos a la chilena.

## XVI

A BEATRIZ, DE NUEVO, SIEMPRE.

Eres el peso profundo y secreto  
de los granos de trigo  
en la balanza de mi mano.  
El frescor del sorbo de cielo  
que bebe el pájaro marino.  
Por el verano corren los claros esteros  
de tu espalda desnuda.

Eres un puente entre los marjales de las pesadillas.  
Las madejas de nuestros sueños se entrelazan,  
estrellas deshechas en lava.  
Tú derribas  
los muros  
que sitiaban mis días.  
Ya no voy solo por los viscosos corredores  
de los sueños adolescentes.  
Desde la buhardilla que escojo  
para recibir tu cuerpo  
vemos las tardes libres e infinitas  
y caballos marcados con estrellas en la frente.

Tu cuerpo es el frágil latido de flores con ojos  
de nieve  
que me traen los vientos  
venidos del país donde nunca se llega.

Me anunciaron que me estabas prometida  
todos los gallos de las veletas,  
todos los puentes construidos por los antepasados,  
todos los andenes y todos los campanarios.

Tú extiendes las sábanas del alba,  
tú haces que la noche sea la otra vida.  
Pero si tu sombra aparece en todos mis muros,  
ya no estarás más.  
Soy extraño a toda fiesta para mi mismo.

Tú sabes que veo el sol y la muerte viajar juntos,  
tú sabes que siempre hay un cuarto que no debe  
abrirse  
y que el viento de pronto apenas se atreve a hojear  
los trigales  
por miedo a encontrar un sol más oculto.

## XVII

Y que el árbol del tiempo me entregue la primicia  
de un mundo seguro en torno mío  
como el fruto alrededor del carozo,  
y que sólo la palabra cosecha de nuevo.

## XVIII

Mi mano pasa a través del espejo de la tarde  
para hallar al adolescente  
que iba a la capilla de madera anclada frente a la  
plaza,  
bajo el rosario de la lluvia repasado por todas las  
estaciones.

Es la hora en que hasta las casas se arrodillan.  
Las moscas se refugian de los primeros fríos en los  
salones abiertos sólo para las fiestas.

Las campanas anuncian la Novena y la llegada del  
tren.

Los gatos pretenden atrapar la luna nueva en los  
tejados.

A la entrada del pueblo unos niños vacilan  
con el peso de brazadas de leña.

El dueño de la Panadería no atiende a sus clientes  
para jugar ajedrez.

Titubean las luces de los almacenes como los pasos  
de los maestros ebrios

Me asomo a los ventanales del profundo atardecer.

Un último volantín se despide del viento.

Pasa rengueando un Ford T.

Los campesinos desatan de las varas a sus caballos  
para el vieja de vuelta con las provisiones de la  
semana.

Caminamos sobre los rieles del desvío al  
Aserradero.  
A la salida de la iglesia  
nos sumergimos en el río de la noche.  
Yo no temía al infierno profetizado por el cura;  
el cielo estaría siempre en el rostro de una  
muchacha.  
Noche abajo se iban candelillas y trenes y  
campanas.  
Ella tuvo un gesto infantil al saltar hasta el mundo  
del luche semiborrado.  
Los ciruelos cerraban sus ojos ingenuos.  
Se oía sólo el rumor de las norias en las huertas.

Ella debía volver pronto a su casa.  
Yo esperaba verla  
cuando a la luz de una linterna cerraba los postigos.  
Después entraría en los sueños como la noche,  
las candelillas y las campanas.

Y un día partiría para siempre  
en el tren lleno de colegialas que regresan a los  
internados.

Otra mano va ahora a cerrar los postigos.

Quedaré solo por primera vez en mi vida.

## XIX

A PIERRE DE PLACE

Sangre color planeta muerto.  
Ves correr la sangre de tu mano herida por alambres  
de púa.

Conoces la sangre que destilan los pinos,  
aquella confundida con el pecho imperial de la  
lloica,  
la de las tablas en el aserradero  
y sabes que los ríos son heridas infligidas por el  
cielo  
a las tierra.

Los mayores aman salir de caza.  
Te despiertan temprano.  
Todo el día pasará de potrero en potrero, se treparán  
los cerros.

Ves echar aves aún palpitantes al morral.  
Tus pies van a añorar los esteros  
y la pureza adánica de la mañana  
reluciente como una escopeta recién bruñida.

A veces te dejan disparar  
y aún te duele el hombro con el rechazo.  
Te enseñaron que frotando pedernales se enciende  
una fogata.



Una vez pasaste un puente de cimbra.  
Para ir a la escuela atraviesas un puente  
que el viento hace interminable.

Aprendes a leer en diarios que enuncian la Segunda  
Guerra.

Semana a semana leerás *El Peneca* ilustrado por  
Coré.

A veces lo irás a comprar a la estación para saber  
más luego la suerte de tus héroes.

Llegas atrasado al colegio por ver a Dick Turpin  
galopando por los caminos reales de Inglaterra.

Tus sueños están iluminados por las linternas que  
agitan en la “Hispaniola” los piratas.

Desde una guardilla oyes el bastón del ciego golpear  
el hielo.

Afrontas tempestades en la Malasia junto a Yáñez y  
Sandokán

sufres junto a Coretta y Garrón en el libro *Corazón*  
y hablas con Gulliver, Robinson Crusoe y Herne el  
Cazador.

Todos los domingos vas al cine en matiné,  
sigues las seriales en doce episodios.

Sabes que hay mundos más reales que el mundo  
donde vives:

cualquiera calle puede ser una calle del Far West.

Surge Buck Jones jinete en Silver.

Búffalo Bill lucha a muerte con los Sioux

Oyes la sirena del auto del Avispón Verde.

Si piensas en los muertos  
ellos resucitan junto al reloj de pared como los  
abuelos de Tylil y Mytil.

Vives cerca de un convento iluminado por  
antorchas.  
Los viajes de Flash Gordon harán que no te  
asombres de ninguna conquista espacial  
Mira los puentes que la lluvia hace transparentes.

Anda al patio a oír crecer los naranjos.

## XX

Quedé solo en medio de un bosque.  
El bosque ya no me reconocía.  
Hermanos y amigos partieron  
hacia los cuatro brazos del horizonte.  
En la lejanía se encendían fogatas en círculos de  
piedra.

Me senté junto a una hoguera a punto de extinguirse  
sin poder recordar  
cuáles eran las piedras de donde nacía el fuego,  
esas piedras que me enseñaron a frotar  
una mañana de caza.

El bosque se estremece soñando  
Con los grandes animales que lo recorrían  
El bosque cierra sus párpados  
y me encierra.

## XXI

*But I wake to bitter winds*  
*Henry Treece*

Soñabas con una torre incendiada.  
De tu estrella derribada  
brotaría una extraña sangre.

En el pozo hecho para recoger  
la plata centellante de la estrella  
contemplamos animales muertos.

Caballos encabritados  
se abalanzaban sobre nosotros  
desde los espejos de sueños prohibidos.

Quizás sea necesario perder hasta la casa natal.  
Que nuestras manos no reconozcan nuestros rostros.  
Que todos nos nieguen.

Salgamos a dar de comer a las ratas,  
nuestras buenas amigas.  
Cae, lluvia pulverizada  
sobre huérfanos extraviados de un paraíso.

## XXII

“El viento sabe que vuelvo a casa,  
Ha detenido el ruido de las goteras de lluvia en el  
alero”.

Así escribía un poeta de hace diez siglos.  
Pero ahora el viento ignora quién vuelve a casa.  
Por eso grita en estos espacios más fuerte que en las  
ciudades  
en donde muere el tiempo en que todos eran  
pioneros, guerreros o poetas.

Que siquiera se oiga en los pueblos,  
pero también ha perdido su sentido en los pueblos.  
Ya no aparecen las bandadas de choroyes y torcazas  
que abruman los manzanos silvestres.

No hay pudúes, ni guanacos, ni avestruces y los  
lobos  
marinos no se apiñan en las costas.

*La tierra daba el triple de lo que pedían. Las  
máquinas  
no alcanzaban a trillar el trigo de las sementeras.  
Rebaños  
innumerables asomaban sus ojos entre los altos  
pastizales,  
las vegas y las llanuras. Sobraba la comida.*

Ahora,  
bosques quemados.  
Tierra  
que muestra su desnuda y roja osamenta.  
Faltan madera y trigo.

Sobran radios portátiles  
y hoy día tenemos televisión.  
Sin embargo,  
la tierra permanece.

Lo sabe la ciudad en sus pesadillas  
y las bombas preparan las mortajas  
para los deslumbrantes rascacielos.

Un día  
volveremos al primer fuego.  
Y los sobrevivientes  
apenas podrán conversar  
*un ramo de gencianas y una palabra amada.*

## XXIII

*Para qué me preguntas. Todos moriremos  
Eso no me ayuda  
No, realmente no.*

*Gunnard Ekelof*

Lo que importa  
es estar vivo  
y entrar en la casa  
en el desolado mediodía de la vida.

El río pasa recogiendo la calle polvorienta.  
Los satélites artificiales pueden rodear la Tierra,  
pero nada saben de ellos los bueyes enyugados a las  
carretas

Es el mismo de otro siglo el gesto del campesino al  
descargar un saco de trigo,  
el polvillo de la molienda danza en el sol sin  
memoria,  
escuchamos el trote de los ratones entre los sacos  
dormidos en la bodega,  
y el oculto resplandor de las cosas  
tiene un secreto revelado por los aromos.

Escucho el pitazo del tren  
cortando en dos al pueblo.  
El pueblo donde pedí tres deseos al comer las  
primeras cerezas,

donde me regalaron una lámpara humilde que no he  
vuelto a hallar,  
el pueblo que tenía unos pocos miles de habitantes  
cuando nací,  
y fue fundado como un Fuerte  
para defenderse de los mapuches  
(todo eso era nuestro Far West).  
El pueblo donde aún humean mantas junto a cocinas  
a leña  
y el invierno es la travesía de un tempestuoso  
océano.

Si me pidieran recordar  
algo más allá de las calles donde di los primeros  
pasos  
no sabría mucho que decir.

Creo que he estado en otros países  
he visto día a día en las ciudades vehículos  
iluminados  
como trasatlánticos  
llevar rostros fatigados de un matadero a otro.

“La vida es un pretexto para escribir dos o tres  
versos  
cantantes y luminosos”, escribió Alexander  
Block,  
pero tal vez yo no sea de verdad un poeta.

Me amo a mí mismo tanto como a mi prójimo,  
Pero estoy dispuesto a desaparecer junto a todo  
prójimo.



Puedo rezar sin creer en Dios.  
A las noticias del día  
suelo preferir leer memorias de oscuros personajes  
de  
    otras épocas  
o contemplar los gorriones picoteando maravillas.

De nuevo alguien ve derrochar  
Los yuyos su oro al viento.  
Alguien va a temer cada mañana que el sol no  
regrese,  
alguien aprenderá a leer en diarios que anuncian  
    nuevas guerras,  
alguien en la noche  
va a tomar un carbón encendido para trazar círculos  
    de fuego  
que lo protejan de todo mal.

Quedaré solo en un bosque de pinos.

De pronto veré alzarse los muros al canto de los  
    gallos.  
Podré pronunciar mi verdadero nombre.  
Las puertas del bosque se abrirán,  
mi espacio será el mismo que el de las aves  
inmortales  
    que entran y salen de él,  
y los hermanos desconocidos sabrán que ya pueden  
    reemplazarme.

Debo enfrentar de nuevo al río.  
Busco una moneda.

El río ha cambiado de color.  
Veo sin temor  
La canoa negra esperando en la orilla.

*Septiembre 1963-febrero 1964*

*Lautaro-Santiago*